

A black and white close-up photograph of an elderly man's face. He has a thick, grey beard and mustache, and is wearing round-rimmed glasses. His eyes are looking slightly to the right of the camera. The skin on his forehead is wrinkled. The image is partially obscured by a white rectangular box on the left side, which contains text.

**Juan
Madrid
Gloria
bendita**

María, una exdeportista que malvive con trabajos ocasionales, ha llamado la atención del Emérito. Una maquinaria oculta se pone en marcha para satisfacer los deseos reales bajo la batuta del comisario Romero, personaje complejo al servicio de los poderosos, que maneja, junto con su fiel e indescriptible esposa, los hilos en la sombra y urde negocios muchas veces ilícitos pero siempre lucrativos.

Mientras tanto, Juan Delforo se documenta para un nuevo libro, una investigación sobre el espantajo del «peligro» comunista en el siglo XX, y se acerca a personajes cuyas «actividades encubiertas» propiciaron acciones que la historia oficial registra de manera muy diferente.

Ningún hecho parece estar a salvo de la intervención de estructuras paralelas del Estado o del poder.

Contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

Como si fuera un epílogo

«Lo que me parece extraordinario es que estén convirtiendo cuarenta años de *modus operandi* de una empresa familiar en un foco sobre una sola persona, yo».

Corinna Larsen, amiga entrañable de Juan Carlos I

«El mal que hay que atacar no es el pecado, el sufrimiento, la codicia, el poderío eclesiástico, el poderío real, la demagogia, el monopolio, la ignorancia, el alcoholismo, la guerra, la peste o cualquiera otra de las consecuencias de la pobreza, sino la pobreza misma».

George Bernard Shaw

1

Desde su casa de Salobreña, Granada, donde vivía desde hacía diez años, Juan Delforo llamó por teléfono a la clínica de rehabilitación Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, en Madrid, para preguntar por la hija de José Sánchez Pareja, también conocido como el «Niño Pareja».

—Dígame, entonces, ¿es usted la hija de don José Sánchez? ¿El Niño Pareja? —le preguntó Juan Delforo.

—Pues sí, soy su hija pequeña. Y usted ¿quién es?

—Soy Juan Delforo, señora. Y la llamo porque me gustaría saber si es verdad que su padre escribió un libro titulado *Yo fui agente secreto del general Mola*, o algo parecido.

—Tiene usted razón, así se llama su libro, lo publicó en enero de 1975, en la imprenta de Luis Álvarez Piñer, en Gijón. ¿Es usted pariente de Juan Delforo Farrel?

—Sí, soy su hijo. Necesito leer ese libro, estoy estudiando la Historia de la España de hoy. El tema es algo así como «El invento del peligro comunista como estrategia de la derecha y la extrema política». Mi padre conoció al suyo y a su señora madre, doña Josefa Baeza, en noviembre de 1970 en su casa, poco antes de fallecer.

—No sabía que su padre hubiese muerto. Yo lo conocí muy poco, pero aún me acuerdo de él. Yo tenía dieciocho o diecinueve años.

—Mi padre estuvo en su casa en varias ocasiones. Tres en total. Conservo su diario con notas de aquellas reuniones. Y hay una referencia a su padre en la que afirma que estaba escribiendo un libro sobre su vida como «policía en-

cubierto» del general Mola. ¿Su padre fue guardia de asalto, como señalaba mi padre en su diario?

—Guardia de asalto, sí..., desde 1935, y después fue policía encubierto cuando Franco, como dice usted.

—Yo vivo en Salobreña, un pueblo costero de la provincia de Granada. ¿Tendría usted inconveniente en que nos viéramos? Podría tomar un tren en Málaga y estar ese mismo día en la clínica. ¿Es que está usted enferma?

—¿Enferma? Ya no..., tuve un ictus hace seis meses. Pero creo que me van a dar el alta enseguida.

—Vaya, me alegro entonces.

—Señor Delforo, lo espero aquí. Puede usted venir cuando quiera. No sabe la alegría que me dará verlo. Y, por favor, no me llame señora, me llamo Emilia.

—Mucho gusto, Emilia. Hasta pronto y encantado de hablar contigo.

—Hasta pronto, Juan.

Emilia telefoneó a su hija María a La Carbonería, el bar de Malasaña donde trabajaba. Contestó ella.

—¿Eres tú, mamá? —preguntó—. ¿Van a darte ya el alta?

Al fondo se escuchaba a alguien, probablemente un tío, que mascullaba por lo bajo, y un extraño ruido, como si estuvieran arrastrando muebles.

—No, todavía no. Te llamo por otra cosa. Hija, parece que a tu padre le han destinado a Madrid y me ha llamado a la clínica. Dice que quiere que te pongas en contacto con él. Tiene muchas ganas de verte y quiere que lo llames para que quedéis.

—¿Sí? ¿Y qué más?

—Eso, que lo llames en cuanto puedas.

—Vale, pero ahora no me puedo entretener. Dile a Paco que si quiere me llame esta tarde. ¿Está en Madrid?

—Sí, eso me ha dicho.

—Vaya, mira qué bien. ¿Y dónde ha estado todo este tiempo?

—Creo que en Barcelona. Trabajaba en la tele. Dice que ahora ha cambiado de trabajo otra vez.

—¿Paco trabajaba en la tele?

—Sí, hija, sí..., después de tantos años en la Perkins fue director de Seguridad en la televisión. Ahora lo han destinado a Madrid con otra empresa. Eso me ha dicho. Oye, tengo que hablar contigo de algo muy importante: ¿tienes el libro del abuelo?

—¿Qué libro, mamá?

—El del abuelo, ese que se titula *Yo fui un agente del general Mola* o algo parecido. Es para un amigo mío que lo quiere leer, su padre y el abuelo se conocían. Lo tienes, ¿verdad?

—¿Yo tengo un libro del abuelo?

—Sí, el libro ese que te he dicho, hija. ¿Lo tienes?

—Mamá, nunca he tenido ese libro. Y tampoco lo he cogido. Lo debe de tener la tía Matilde. Acuérdate, yo creo que se lo diste cuando vino a verte por el ictus.

Emilia se quedó en silencio.

—¿Se lo di?

—Sí, mamá, te tienes que acordar. Le dijiste a la tía Matilde: «Guárdame mi libro, es un recuerdo de papá».

Al otro lado de la línea, Emilia se quedó callada unos instantes.

—Sí, es verdad, ahora me acuerdo. Ella se quedó con un libro que nos dio mamá, y yo con el otro. ¿No tendrás tú el mío por casualidad?

—No, mamá, no lo tengo. Ya te lo he dicho. Tú le dijiste a la tía que guardara el tuyo. Ella tiene los dos. Oye, nos veremos enseguida, mamá, tengo que volver al trabajo.

—Bueno, hija...

—La abuela os dio a cada hermana un libro del abuelo. ¿No te acuerdas? Os dio los únicos ejemplares que tenía.

Eso fue lo que me dijiste... Bueno, me voy a currar. A lo mejor pronto te doy una sorpresa, te llamo.

Emilia no colgó. Escuchó la voz del novio de su hija, ese tío, que le gritaba: «¡... estoy hablando contigo, tía, deja ya el teléfono de una puta vez, joder!».

Y después la voz de María: «¡Es mi madre, qué coño te pasa!». Y luego: «¡Vete a la mierda, cabrón, que encima me debes pasta!».

Entonces escuchó otro ruido, como si se cayera algo. Después un silencio espeso. Y la voz de su hija, que susurró al teléfono: «Adiós, mamá».

Pero Emilia le dijo:

—Espera, ¿te puedo preguntar algo?

—Sí, venga.

—¿Cómo has adivinado que era yo quien te llamaba?

—Mamá, por favor.

Emilia colgó y se dio la vuelta. La observaba doña Esperanza, la gerente de la clínica. En realidad le sonreía muy amistosa.

—Venía a preguntarte si ya has pagado, Emilia —le dijo—. Ayer te dejé un tercer mensaje en el móvil y no me has contestado.

—No tengo móvil. Se me ha perdido. ¿Qué quería decirme?

—Debes un dinero a la clínica, dos prorratas. Es mejor que ingreses más dinero en tu cuenta, estás en números rojos. Así no tendremos que molestarte continuamente.

—¿Qué son prorratas?

—Derramas para poder construir una capilla religiosa múltiple..., católica, musulmana y judía. Las hemos dividido en parte esas derramas para que salgan más baratas y sean más cómodas para nuestros pacientes. Los tenemos de todas las religiones.

—¿Sí? ¡Vaya, qué bien! Pero he perdido el móvil, ya se lo he dicho. Ya iré a pagar, no tema. Siempre cumplo mis

compromisos. ¿Cuándo le parece? ¿El miércoles después de comer?

—Vale, de acuerdo.

—Allí estaré. ¿Desde cuándo hacen esas derramas?

—¡Huy, desde hace bastante! Ayudamos a nuestros pacientes desde..., no sé..., desde hace tres o cuatro años. Las religiones de nuestra comunidad necesitan toda clase de ayudas. Y nosotros necesitamos la palabra de dios.

—Qué razón tiene, doña Esperanza. Bueno, hasta más ver. Ah, y otra cosa. ¿Cómo es que no me había dado cuenta de esas derramas?

—No lo sé, a lo mejor porque no repasas tus facturas. Hace tiempo que no hay dinero suficiente en tu cuenta. Esos olvidos tendrías que corregirlos. ¿Vas a las clases de neuropsicología? Te ayudarían mucho.

—No me pierdo ninguna. Entonces ¿la clínica no es gratis?

—Es gratis, Emilia, maja. Aunque hay que pagar algunos pluses, como el plus por la rehabilitación cognitiva intensiva, la terapia ocupacional particular... Todo eso son gastos. Cosillas...

—No lo pongo en duda, doña Esperanza. ¿Cuándo me van a dar el alta? Llevo seis meses aquí y me han dicho que mi alta está al caer.

—¡Ay, hija, ahora mismo no lo sé! Vente un día por Dirección y te lo digo.

—¡Qué alegría, doña Esperanza! Me hace muy feliz, de verdad.

2

Luis Junco, director del Banco de Crédito Comercial, y el comisario José Manuel Romero habían terminado de comer en un reservado del restaurante de lujo Can Paredes, en Madrid. Hasta ahora habían hablado de asuntos que tenían que ver con sus negocios, pero con la llegada de los postres el banquero le dijo que luego quería hablarle de la chica que iba a ir con el Emérito a finales de mes a la fiesta de aniversario de su promoción militar. Se lo había comentado su socio, el conde Lorenzo de Villa Mediana, al que los amigos llamaban «Lorenzo el Magnífico».

—¿Sabes quién te digo?

—Sí, creo que sí —le respondió Romero—. He coincidido con él un par de veces.

Un camarero se acercó con un carrito de dos pisos con los postres y ambos se mantuvieron en silencio. Había porciones de tartas, bombones, *mousses* en vasitos, tartaletas, bizcochitos variados y *marrons glacés*.

Mientras elegían, el banquero le comentó lo que se había llevado de comisión el que ellos sabían por la construcción del Ave Riad-La Meca, La Meca-Riad, realizada por un consorcio de empresas españolas.

—¿Te lo he contado, Romero? —le preguntó el banquero.

—Bueno, creo que no. Pero lo sé, sesenta y cinco millones de euros que él mismo se llevó a Londres en sus maletas y que no declaró a Hacienda.

—Sí, se llevó el dinero a su banco de Londres en su equipaje particular y luego se lo dio a Carina para que se lo guardara. Aunque yo creo que es un regalo para que lo perdona. Parece que el Emérito quiere volver con ella a toda costa.

—¿Es seguro eso?

—Por lo que yo sé, sí —manifestó el banquero—. Y tengo entendido que le ha pedido que se case con él.

—Bueno, Luis, me aburre cantidad este tema. ¿Me explico?

Luis Junco cambió de conversación por otra, sus negocios inmediatos. Charla que te charla fueron eligiendo porciones del carrito de los postres, mientras el camarero las colocaba en sus platos con pinzas. Cuando se fue, siguieron hablando de los sesenta y cinco kilos que se había llevado el rey.

—Bueno, luego Villa Mediana me comentó lo de la chica esa, la nueva novia del Emérito.

Romero le interrumpió:

—No es su novia. Y es bueno que lo sepas, Luis. Va a ir a una fiesta con el Emérito, claro, pero de momento no hay otra novia. Su novia sigue siendo Carina, aunque parece que la relación no va demasiado bien... Vaya, qué bueno está esto.

—Entonces ¿siguen siendo novios?... Lorenzo ha debido de confundirse. Me dijo que era su nueva novia. No te lo pierdas, Villa Mediana se ha llevado un kilo solo por estar en el desierto durante los días de los trámites. Huésped en uno de esos hoteles de superlujo con helipuerto y parque zoológico. Y yo le dije: «Lorenzo, majo, ser amigo de quien tú sabes tiene sus ventajas, ¿a que sí?». Dime, Romero, entonces esa chica ¿no sería nada más que un capricho?

Romero se mantuvo en silencio. Pasado un rato, el banquero le preguntó:

—Oye, ¿y es guapa esa chica?

—Sí que lo es, Luis, desde luego. Una chavala de lo más aparente.

—Pero ¿sigue con la Carina o no?

—Pues sí, lo último que sé es que sigue con Carina, su novia de hace diez años. Creo yo, vamos.

—¿Conoces a los de su Casa, Romero?

—Claro, Luis. Ya te lo he dicho, esta chica va a ser solo la compañera de baile en la fiesta anual de la celebración de su promoción militar. Una fiesta por todo lo alto, aunque no salga en la prensa. Y lo sé por los de su Casa.

Romero pensó que ya era hora de que Luis dijera de una vez lo que quería. Parecía mentira que un hombre hecho y derecho, y encima un rico banquero, le diera tantas vueltas al asunto sin decidirse a soltar prenda.

—No tengo prisa por conocer a esa chavala, solo un poco de curiosidad. De momento, Lorenzo y yo tenemos pensado lanzar un espectáculo taurino y musical, una corrida de toros completa con los árabes. Empezaríamos en Riad, en Arabia Saudí, ya sabes. Y sería muy bueno que viniera esa chica, la que tú sabes.

Era eso, claro. Romero lo interrumpió.

—Es pronto para que hagas planes con ella, Luis. ¿Cuándo os vais a Riad?

—Todavía no lo sabemos, todo está en ciernes. Pero me han dicho que la chica es una tía espectacular. ¿Tiene los ojos verdes como dicen?

—Pues sí, los tiene verdes. Pero no creo que sea una tía espectacular. Es más bien resultona, desde luego.

—¿Te figuras lo que sería si viniera a Riad? Me consta que los moros quieren mucho a nuestro rey y sería un detalle de buen gusto que ella estuviera por ahí. Ya lo pensaremos.

Romero permaneció pensativo. El banquero prosiguió:

—Sería algo exclusivo para la realeza de allí, ¿no crees?

—A mí esa chica me parece muy mona, muy agradable, qué quieres que te diga —insistió Romero—. Pero no sé